

Amor y furia

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Amor y Furia (por Daniel Bernardo Grimberg)

Esteban Viata salió esposado, del Juzgado a la calle, para ser transportado en un vehículo blindado a la prisión.

Lo que había sucedido en un tiempo macilento, fue la insana creación de quien se robusteció en la creencia de la indestructibilidad de sus sentimientos, y fue topado dentro de la misma habitación, desnudo, imprecando vaya a saber a qué dios, con el torso cubierto de arañazos y en su mano un cuchillo lleno de sangre. Había añadido una réplica inmunda al pretendido carácter del policía que tras la furiosa visión del destruido cadáver de Marisa Correa quedó envenenado y perplejo.

Ese fue el desenlace de las reflexiones de Viata, y el precio de no ser indiferente; nada que estuviera relacionado con la culpa ni con una nefasta conciencia íntima. Porque sintió que los ámbitos dentro de ese Country estaban sucios como un establo, y que favorecía a las diversas suertes de disolución. El lugar desmentía a cualquier anterior idealismo, y el azar y la predestinación resultaban la misma cosa. Debido al calor Viata infló con aire sus mejillas y se sopló el cuello; recordó con énfasis a los paseos que había hecho con ella y se aseguró que aniquiló lo que lo venía perjudicando; repentinamente el odio lo había invadido y lo desgajó de las costumbres cuerdas. Ya no había posibilidades futuras ni los movimientos se levantarían en contra del reposo.

Su vida tan rica y encantada a se había subvertido en un infierno, por lo que disfrutó de ese intempestivo desenlace que seguía siendo insuficiente, pero lo proyectaba a la repugnante saciedad. Había acabado con lo que era defectuoso, indigno, y completamente invalido.

El embate de esa muerte jamás hubiera sido vislumbrado entre la gente que saturaba a ese Country con regocijos, en donde se creía que no se corrían peligros al ignorar lo malo. Pese a sus felicidades aparentes, sufrían a fuerza de ser parciales... esto, si se los contemplaba desde posiciones periférica. Hasta entonces no había habido algo desatinado, sólo se mencionaba a lo memorable y ejemplar, al trabajo que nunca devenía en mito. Viata hizo una descripción estridente de las traiciones y abandonos de su mujer, luego de confesar lo abyecto que ella no había desistido de multiplicar. Juan Pedro Antier escuchó esa ideología de lo

relativo, pero no pudo destrabarla de la indefinición.

Un denso silencio cayó sobre quienes creyeron que ellos, como pareja, habían simbolizado a la vida, o a lo grato que de ella se era capaz de obtener. Existió un pasado prestigioso en Viata, algo que se sublevaba en la incapacidad de entender. Y los vecinos fueron derribados por los sentimientos de terror que anidan en las pesadillas, y meros disparates pasaron por sus mentes. Antier utilizó un quejido para no reprocharse nada; no extendería más su análisis como el sincero homenaje que le hacía a Marisa.

La jerarquía prefijada e inamovible que se le habían dado al amor quedó resquebrajada... a lo sumo le podían dar una insignificante equivalencia con lo inacabado.

La mujer había sido de singular estatura: alta y elegante, sus sacudidas eléctricas salpicaban su boca y la hacían sonreír con salvajismo. Su presencia atraía unánime atención y en último término una sensación de desasosiego (para Juan Pedro Antier, ella había tenido la imagen perfecta de una diosa y él había sido su mísero teólogo). Las vastas recomendaciones de Marisa estaban dominadas por la inexactitud, pero eso no era importante. Había que olvidar aquello que dijo cuándo celebraba a la vida.

Viata concibió que, ante el acercamiento de los hombres, o sus inciertas lejanías, ella les hacía tácitas sugerencias. Se empecinaba en escudriñar quienes circulaban, con mucho vértigo. Y les daba la prerrogativa de prenderse a sus miradas... su vocación examinarlos con urgencia, aunque se notase el atropello de su desmesura (el lenguaje de las miradas siempre fue el más sospechoso). Ella participaba de esa forma sensual de comunicación y recibía planteamientos raros que se perdían en el tiempo y espacio como inadvertidas metáforas.

Marisa Correa aprovechaba cuando él no estaba para trastocar al orden... y con sus sonrisas contestaba a los desconocidos. El sólo hecho que ella avanzara por los simétricos jardines del Country, a Vivorata le causaba horror. La mujer encontraba su autenticidad en la seducción que la envolvía fastuosa. Salía con su cartera de cuero marrón y saludaba a los vecinos, lo que no era sólo un educado reconocimiento.

La revisión de lo acontecido fue llevada a cargo por el juez Arnoldi. Su procedimiento no pasó de ser una sumatoria de alegatos, y la ejecución con nitidez de la ley siguiendo procedimientos numéricos. Esta era una oración unificada en una dirección imperativa. Ser respetuosa de su forma no sólo era el resultado de años de estudio, sino también de la veneración que se sentía hacía los viejos tiempos; para Arnoldi las resonancias del

pasado nunca perdieron su carácter engendradora.

Había testigos que desde diferentes puntos de observación vieron confinados en el asombro, como fue creciendo la pelea, y comprendieron de manera cruda lo que sucedía cuando las voces ríspidas comenzaron a hacerse gritos, y la desesperación se contrajo en un chillido interminable, mientras que la luz blanquecina del sol vibraba al pasar por las ventanas del edificio.

Al principio, Juan Pedro Antier había creído que fue una discusión impertinente y trivial. Pero de los disparates surgió la violencia, y una crónica policial que se hizo un indisoluble símbolo de la barbarie. Antier llegó hasta la puerta, la quiso abrir con desesperados impulsos, pero sólo consiguió que las perturbadoras voces se hicieran más densas.

El rostro que Arnoldi vio no era el de un atormentado ser, sino de alguien que con la mente traspasaba a la realidad, desconocía las horas que ahora corrían lentas, y esbozaba sostenibles bostezos que en cierta forma sellaron su desarraigo. Este adujo que se sentía mareado por la atención y no podía pensar con claridad.

Viata realizó juegos con sus manos (esa era una deliberada actuación). Luego referenció a su ideal incomprendido, pero más que empantanarse en frases sencillas, balbuceó, y dijo que no tendría necesidad de defenderse frente a los demás si es que primaba la sensibilidad y el entendimiento. La justicia era una paradoja porque lo concreto se reducía a lo que él percibió.

Pasó un tiempo discurriendo acerca de su santoral personal, de la anarquía, y que no era razonable la empresa de discrepar con sus verdades; tampoco que la animalidad de lo que le pasó, enfriara su espíritu. Había desarrollado la teoría que su existencia era impersonal, o que apenas era uno de sus tantos amantes.

Viata mató a Marisa Correa durante un dramático eslabonamiento de su furia.

La había matado con la sublime dedicación con que antes la había amado, por lo que clavó su vista al cielo en donde se encontraba la razón de su extravío. Con una corta bocanada de aire le surgió la palabra "libertad".

Cuando observó al cuerpo caído y acuchillado, no tuvo remordimiento, sólo pensó que se habían completado sus sensaciones de agravio. En su figura se reflejaban todos los traicionados hombres, aunque él fuera uno solo que se moderó por bastante tiempo.

Los incalculables engaños de la mujer no habían quedado impunes y sus vicios dejaron de roerle la cabeza, pero su muerte dio cierta credibilidad a

las acusaciones en su contra. Eso que había sido una probabilidad, se convirtió en una ingenua trampa.

Esteban Viata tuvo la sensación inmensamente meditada de que había seguido un curso natural, más allá de las fruslerías de ese juicio, sus frustraciones, y lo ligeramente horrible. Marisa no merecía vivir: lo había insultado en forma infinita y de poco lo estaba matando. La cuestión era ver quien moría primero... a quien le correspondía ser el pasivo protagonista de esa tragedia.

Vivorata escuchó la condena con los ojos entrecerrados. Pasaría lo bueno que le quedaba de vida en una cárcel; ese será el gran sacrificio que hará por Marisa, y debido al cual nadie podía decir que en verdad nunca la había amado.

Fin